



Hendrik (Henk) Simon Versnel (Rotterdam 10 octubre 1936 – Leiderdorp, 7 febrero 2025), arropado por su familia el día en el que se le nombró Caballero de la Orden de Orange-Nassau (2021).

OBITUARIO Henk S. Versnel

LA MUERTE DE UNO DE LOS MÁS GRANDES ESTUDIOSOS de la religión antigua nos ha conmocionado a los firmantes de este recuerdo por la estrecha relación que con él mantuvimos más allá de lo estrictamente académico. Sirvan estas páginas para honrar su memoria y para dar una idea del personaje extraordinario que se nos acaba de ir.

Hacia finales del año 2000 la tesis doctoral de Elena Muñiz estaba concluida. Como director del trabajo, Jaime Alvar le preguntó que si le haría ilusión tener a alguien especialmente significativo para ella en su tribunal, a lo que, sin titubeos,

respondió: “Me encantaría que estuviera Henk Versnel o Keith Hopkins”. La pretensión no era modesta, especialmente teniendo en cuenta que la tesis se había elaborado en la Universidad de Huelva y que allí había de leerse. Con Keith Hopkins tenía Jaime Alvar una excelente relación, pues hacía años que lo conocía. En 1992 lo había invitado al curso de verano que sobre la *Romanización* organizó en El Escorial bajo la dirección de su maestro José María Blázquez. Entre 1995 y 1998 Hopkins recibió a Alvar como investigador los meses de verano en la Faculty of Classics, donde conoció a Mary Beard. En 1998 Jaime Alvar y Elena Muñiz organizaron en su Universidad de Huelva el XXV Congreso del GIREA y el ARYS VII, en celebración conjunta, bajo el título *Divinas Dependencias*. Sin duda fue un acontecimiento singular, pues se dieron cita Pierre Lévêque y Monique Clavel-Lévêque con casi todo el equipo del ISTA y asiduos participantes en los congresos del GIREA. Pero también acudieron a nuestra llamada desde Cambridge Keith Hopkins, Mary Beard y Christopher Kelly, entre otros. La universidad de Huelva se vistió de gala.

Aún se afianzó más aquella amistad cuando Alvar disfrutó de una licencia de estudios durante el curso 1999-2000 en Cambridge gracias a la generosidad de su joven universidad y la de sus compañeros del área de Historia Antigua. Allí, en Cambridge, conoció a su nuevo becario predoctoral, Fernando Lozano Gómez, hoy catedrático en la Universidad de Sevilla, quien emprendió la feliz tarea de traducir *A World Full of Gods*, lo que le permitió penetrar más hondamente en el universo mental de Hopkins. ARYS logró publicar *Un mundo lleno de dioses* veinte años más tarde, tras tediosas vicisitudes editoriales. En cualquier caso, estas explicaciones tenían como objetivo dejar claro que, dadas las circunstancias, el deseo de Elena Muñiz parecía alcanzable. En efecto, Hopkins aceptó la invitación.

Pero dadas nuestras naturalezas inquietas, era evidente que no nos íbamos a conformar con uno solo de los dos deseos formulados. Tras hacer algunas indagaciones comprobamos que no teníamos ningún contacto que nos acercara a Versnel, de modo que, como correspondía, el director de la tesis le escribió una carta presentándose y pidiéndole que aceptara formar parte del tribunal de la tesis de Elena Muñiz. La verdad es que no se hizo de rogar; seguro que pensó que no debía perderse algo tan insólito. Le interesaba el tema de la percepción del cambio religioso del politeísmo al cristianismo. Entonces no lo sabíamos, pero estábamos jugueteando con el *cognitive turn*, que aún no había desembarcado en los estudios del mundo religioso grecorromano. El propio Versnel reconoció divertido que sin saberlo había sido un cognitivista pionero.

Entre sorprendido e incrédulo también aceptó formar parte del tribunal, aunque puso una condición: que pudiera pasar antes o después por Doñana, dada

su profunda afición a la observación de aves. Bastó solo eso para que la mente siempre creativa de Juan Manuel Cortés Copete, a quien confiamos nuestras cuitas, urdiera el mejor de los planes para conseguir que Versnel conociera algunos de los entresijos de la cultura andaluza, a costa de los pájaros.

Por fin llegó el día lleno de inquietud en el que nuestro anhelado sabio aterrizaría en Sevilla. La temblorosa doctoranda lo esperaba en el aeropuerto y buscaba entre los pasajeros a un “anciano profesor”, como coquetamente se había autodescrito Versnel para provocar aún más impresión en la ya de por sí impresionable doctoranda. Nada más llegar, las primeras palabras: “¿Estás nerviosa? ¡No estés nerviosa!”. Entre charlas y risas empezaron unos días inolvidables. Se demostraba una vez más que la verdadera sabiduría y la brillantez académica suelen coincidir con la grandeza de espíritu y la elegancia.

Ciertamente todas las tesis son singulares. Estaría feo que dijéramos nosotros que esta no tiene parangón. Por ello nos limitaremos a una somera descripción de lo ocurrido a partir de aquel momento. La maquinaria se puso en marcha. Presidiría el tribunal José Manuel Roldán quien aportó todo su entusiasmo para dejar testimonio memorable. Habían sido convocados nuestros invitados el fin de semana anterior a la ceremonia para dar satisfacción a la petición de Versnel. El sábado, tras la cena de recepción fuimos ya animados a tomar la que creíamos última copa. Con pretendida confidencialidad Versnel preguntó al director de la tesis que cuál era la razón verdadera por la que él se encontraba allí. Al escuchar la respuesta se emocionó por nuestra sinceridad y nos abrazó. Ese abrazo fue el sello de una honda amistad que ha persistido inalterada hasta su fallecimiento.

Aquello no había hecho más que empezar. Sentados a media luz en mesitas bajas apareció un encargo hecho por Roldán, una guitarra flamenca con su guitarrista, porque el maestro quería agasajar a los forasteros con algo de cante jondo. Afortunadamente, Hopkins y Versnel se conocían, de modo que, acomodados uno al lado del otro, atónitos compartían confidencias al ver al presidente del tribunal desgañitándose con maestría entre los recónditos palos que el guitarrista le proponía.

Entre bambalinas, almas amigas de los servicios administrativos de la universidad habían urdido no solo la presencia de la guitarra solicitada por uno, sino las encomiendas para hacer posible el avistamiento deseado por el otro. Entrada la noche profunda, sin una sola copa, sino con varias, nuestros huéspedes fueron acompañados al hotel en el que habían de ser recogidos tres horas más tarde, pues teníamos que estar en Doñana a las seis de la mañana. Y así fue.

Arrebatada la voluntad por el cansancio, se había abierto la puerta grande del mundo onírico del que apenas la noche anterior habían experimentado

un sorbo. El siguiente fue el café solo con su golpe de aguardiente como desayuno para aquellos estómagos vacíos, que permanecían revueltos en la noche oscura. Versnel se quejaba de que todo olía a ajo y bromeaba con la rudeza de los descendientes de los tercios de Flandes, con un puntito de superioridad que percibimos los que solemos jugar – por osados – en posición desventajosa. Aún no había amanecido y en aquel bar en la puerta del Parque Nacional ya había una veintena de personas reunidas para el avistamiento, entre tribunal, personal de administración, colegas y amistades. Mucha fraternidad y hospitalidad como corresponde en una pequeña universidad. Metían bultos a un autobús del parque mientras apurábamos el café. Luego nos dijeron que fuéramos subiendo, mientras el conductor nos saludaba. Cuando le tocó el turno a Versnel, le dijo sonriente en perfecto neerlandés: “*Goedemorgen!*”.

Atónito, se volvió y mirándonos incrédulo nos preguntó si los conductores de autobús en España hablaban neerlandés. El conductor, miembro de la estación biológica, había hecho su tesis en los Países Bajos y nos lo habían asignado como acompañante durante nuestra visita. Mantuvo el biólogo una animada charla con Versnel quien empezaba a creer que olía menos a ajo. Los altibajos de la pista y la suspensión no ayudaban a serenar el aparato digestivo, de modo que a las 11 de la mañana y con permiso de don Adolfo Schulten hicimos un alto en el Cerro del Trigo, donde no estaba Tarteso, ni el anillo de Argantonio. Nos apeamos del autobús, bajaron aquellos bultos en forma de neveras y sobre la marcha se montó un picnic con manzanilla de botella y tortilla de patatas, que asienta mucho. De ese modo logramos mantener un cierto nivel étílico que contenía a distancia la resaca.

Por supuesto, no avistamos nada por nuestro tumulto y Versnel lamentaba no haber preparado una visita por su cuenta. Lo que no sabía era lo que estaba por llegar. A la hora de comer, nuestras anfitrionas, Inma Pérez-Vera y Lola Laffarga nos habían preparado en la casa del Rocío de Inma un almuerzo copioso. Previamente fuimos a dar un paseo por la aldea y allí, al fondo, estaba la ermita de la Virgen. “Como un pueblo del Far West”, dijo Hopkins. Estaba todo desierto, excepto nosotros, en ese día primaveral, soleado y extraño. Regresamos a la casa donde nos esperaba un caldero de arroz, bien regado. La dueña de la casa, pasados los postres, dijo en perfecto onubense: “Los forasteros van a echarse una siestecita, que parece que están cansados”. Y se los llevó a los dos al dormitorio de los niños; los dos, Hopkins y Versnel, sin rechistar.

Al día siguiente fue la tesis, brillante y seria. Nada desvelaba lo que aquellos cuerpos llevaban encima, ni lo que sus mentes pensaban. Domingo Plácido, desde

la tribuna, observaba impasible el desarrollo del acto, con esa mirada indescriptible, capaz de suscitar profundas dudas en quien hablara.

La comida de celebración fue un festín inolvidable, que a otro buen amigo de Versnel, el gran Paco Marco, también miembro de aquel tribunal, todavía le gusta recordar. Fue él quien insinuó que la bodega parecía un mitreo, aunque no hubo en tales cavernas un banquete como el nuestro. Con su fina ironía Versnel preguntó que si siempre se comía así en España.

Al parecer ya nada olía a ajo. El olfato del holandés había quedado para siempre inmunizado. Pero, años después, todavía bromeaba desaconsejando a Elena Muñiz que se casara con un italiano, porque nadie que habitase “por debajo de la línea del ajo” podía ser completamente de fiar. Y lo decía por experiencia...

De Versnel partió la idea de publicar en la colección RGRW *Los Misterios* de Alvar y poco a poco la amistad se fue consolidando. Elena Muñiz se empeñó en hacer una larga estancia de investigación en Leiden para disfrutar de su magisterio durante la cual lo martirizó con largas discusiones que aceptaba entre bromas e inmejorables consejos. Varias veces regresó a España Versnel para iluminarnos en nuestras tareas. Dio clase en la Carlos III y estuvo en el tribunal de la tesis de Antón Alvar Nuño. Visitó varias veces la Pablo de Olavide y regaló a nuestros hijos equipaciones de la selección holandesa de fútbol. La última vez que nos acompañó fue en el congreso sobre el SENSORIVM, para el que hizo la reflexión final en noviembre de 2017.

Seguimos escribiéndonos, él nos mandaba vídeos de sus actuaciones callejeras con su banda de jazz en la que tocaba el banjo o el reportaje gráfico de la medalla de honor concedida por la Reina. Todo era sumamente divertido, excepto el progresivo deterioro cognitivo de su amada Marijke. Supimos que durante la pandemia él iba todos los días a verla a la residencia para decirle “hola” desde la calle a la que daba la ventana del piso bajo en el que estaba su habitación. Un día nos contó que esta historia le sirvió para apiadar el corazón de un policía que le quería retirar el carnet de conducir por una infracción de tráfico. “Si lo hace no podré volver a ver a mi Marijke”. El agente quedó desarmado y Versnel pudo continuar su ritual cotidiano.

Ese cerebro despejado y presumido – le gustaba que le dijieran que se parecía cada vez más a Sean Connery – era consciente de la relevancia de su obra. Desde su monumental estudio del triunfo romano (1970), pasando por los estudios de la plegaria y de los conjuros mágicos, su carrera culminó con dos obras maestras sobre la naturaleza de los dioses y las aparentes contradicciones (él las llamó *inconsistencies*) que continúan dejando perplejos a los investigadores: *Ter Unus. Isis, Dionysos, Hermes* (1990) y *Transition and Reversal in Myth and Ritual* (1993). Su legado alcanzó su cima en el monumental *Coping with the Gods. Wayward Readings in Greek Theology* (2011), una

gigantesca reelaboración de las Sather Lectures que pronunció en 1999, y sin duda la mejor de las llaves para adentrarse en la esencia del politeísmo.

La edad no consiguió doblegar su espíritu (auto)crítico ni su afán por avanzar. En 2023 vio la luz el genial volumen *Coping with Versnel*, un homenaje por sus 80 años en el que algunos ilustres colegas discuten los principales logros de la obra de Versnel: el concepto de henoteísmo, sus perspectivas sobre la magia, la oración y la emoción, y sus propuestas sobre la muerte de un personaje mítico que salva a sus seguidores. La única condición que puso Versnel para participar en aquel homenaje era que se le permitiese responder a los comentarios de sus colegas, y así lo hizo – aunque se quejaba con sorna de que, pasados con creces los 80, le hiciesen trabajar de aquella manera –, redactando 65 páginas inolvidables en las que reconocía, siempre señorial, que sus colegas “[had] made the scales fall from my eyes and I am deeply grateful for this”. *Coping with Versnel* es el último tesoro que nos ha dejado, porque además de un análisis y una reconsideración de sus principales ideas, contiene lo mejor de su agudeza crítica y de su humor inigualable. Su personalísima manera de escribir, que se parecía tanto a su verbo agudo y siempre divertido, hizo posible que hasta las cuestiones más complejas parezcan sencillas para el estudiante bisoño y desafien al investigador más experimentado.

Versnel insistía en que cuanto había hecho era aupado sobre los hombros gigantescos de Jean-Pierre Vernant y de Walter Burkert. Desde allí había logrado encontrar un resquicio entre la estructura y el caos para desvelar las inconsistencias de las estructuras profundas y para alertar sobre las dinámicas de lo local, de lo particular, de lo personal. Pero también desde su posición privilegiada, había sido capaz de disuadir del caos absoluto. La llave maestra con la que abrió el secreto que permitía armonizar el orden y el caos fue la perspectiva. Los planos de la realidad entrecruzados entre las distintas formas de negociación y representación, de observación y de comunicación que adquiría el politeísmo sometido a la acción de las personas a través de las plegarias, de la invocación de las potencias divinas a través de sus epítetos, a través de los rituales, de las fiestas.

Sus enseñanzas perviven en sus obras. Nuestra amistad, únicamente mientras nosotros tengamos la posibilidad de evocarla y compartirla.

*Jaime Alvar Ezquerra
Elena Muñiz Grijalvo*